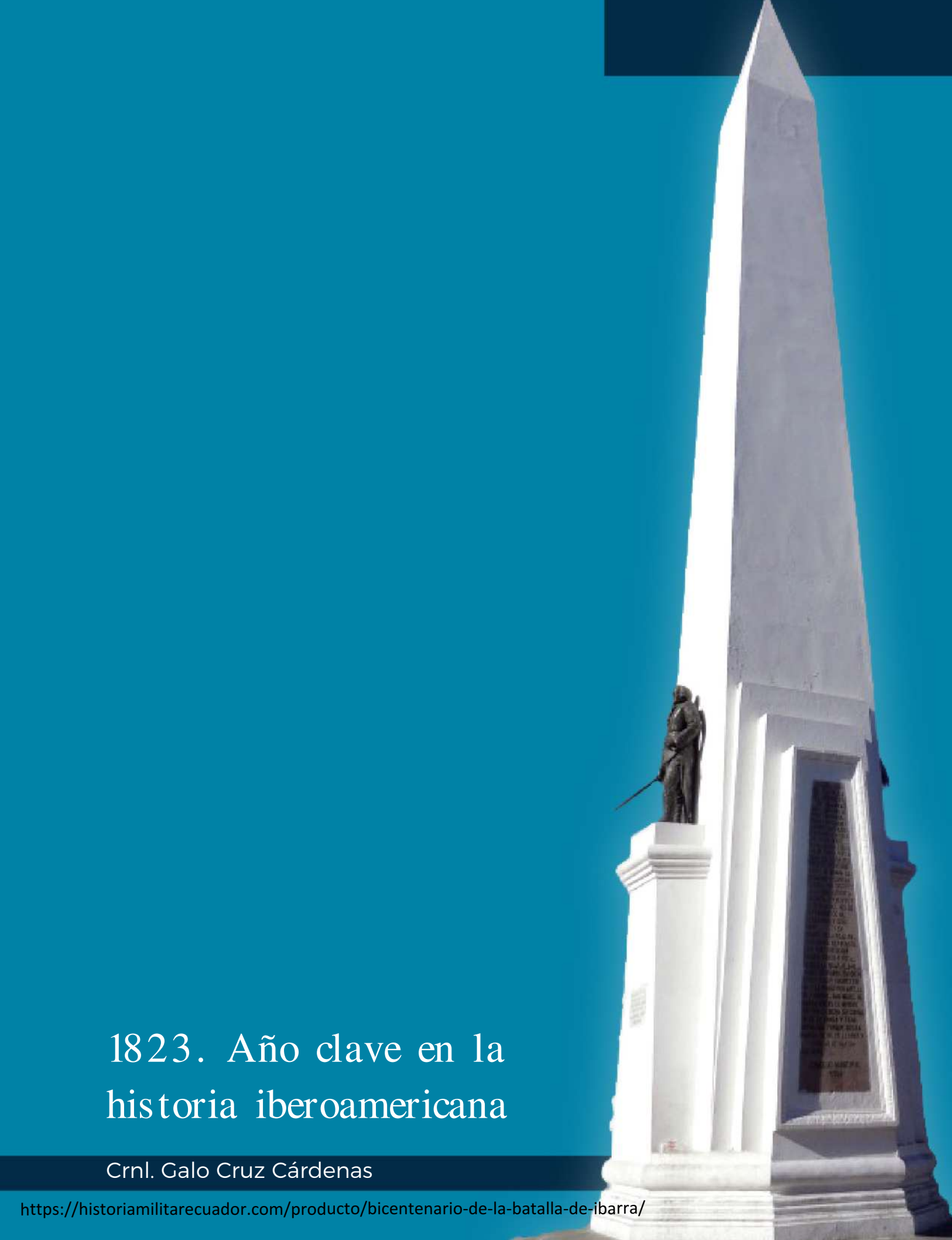

1823. Año clave en la historia iberoamericana

Crnl. Galo Cruz Cárdenas

https://historiamilitarecuador.com/producto/bicentenario-de-la-batalla-de-ibarra/

"La dinámica de la guerra produce nuevas líneas divisorias y lleva a la construcción de nuevas identidades [...] la guerra divide, pero reúne a la vez".
Clément Thibaud.

Estudio introductorio

Uno de los períodos más intensos y decisivos en la historia del mundo contemporáneo, constituye ciertamente lo que el célebre historiador británico Eric Hobsbawm denomina la "Era de la Revolución" y comprende el espacio entre la gran Revolución francesa de 1789 y la Revolución industrial inglesa de 1848. Este período significó el triunfo de la sociedad burguesa, pero, ante todo para el mundo supuso:

> "la mayor transformación en la historia humana desde los remotos tiempos, [...] esta revolución transformó y sigue transformando el mundo entero. [...] su consecuencia más importante para la historia universal fue el establecimiento del dominio del globo por parte de unos cuantos regímenes occidentales (especialmente por el británico) sin paralelo en la historia." (Hobsbawm, 2007, págs. 9,11)

Entre las potencias mundiales y regionales, se presentaba una marcada rivalidad y disputa por los recursos valiosos y también por la primacía de poder, lo que muchas veces, daba paso a la guerra . Esto fue una constante en el siglo XVIII y la primera mitad del XIX, períodos en los cuales, los imperios británico y francés, protagonizaron una disputa por el dominio colonial, en la mayoría de los continentes. Así también, se daba un acelerado descenso estratégico del imperio otomano y en el centro de Asia, la India caía bajo el dominio colonial de la Compañía Británica de las Indias Orientales. En Extremo Oriente, a finales del siglo XIX, China pasaba a ser un país pobre y con un peso estratégico irrelevante, mientras Japón, con las reformas producto de su apertura, experimentaba un importante desarrollo industrial y militar, convirtiéndose en una potencia emergente del Asia Pacífico.

España continuaba con un prolongado período de crisis y sus dominios de ultramar se pronunciaban por la separación e independencia, la mayoría de ellos con el apoyo británico. Como nos señala Rafe Blaufarb (2016), finalizadas las guerras napoleónicas, las fuerzas europeas se desmovilizaron y las armas, municiones y recursos financieros quedaron listos para ser empleados por el imperio británico en otras regiones del mundo. Así, cambió abruptamente la balanza estratégica y después de 1815, se dinamizó la rebelión en Nueva España (México), Venezuela y Nueva Granada, pasando las fuerzas independentistas a tomar la iniciativa.

En Iberoamérica, a mediados de esta era revolucionaria, se suceden hechos claves en la historia de sus pueblos, cruentas guerras civiles y luchas contra los Estados potencia, para lograr la fundación de los nuevos Estados y que son conocidas como las guerras por la independencia. Uno de los momentos clave en esta etapa decisiva fue, sin lugar a duda, el año 1823, en el mismo que se sucedieron una serie de acontecimientos que definieron el futuro de un mundo que estaba en transformación.

Ilustración 1 La doctrina Monroe de 1823
Fuente: Keep off! The Monroe Doctrine must be respected. Library of Congress, - Lithograph by Victor.1896.

A partir de 1823, como se menciona en los documentos oficiales británicos (Mitchell, 2016), Inglaterra comienza a adoptar una política más activa hacia los nuevos Estados hispanoamericanos. Fue así como en ese año, Gran Bretaña informó al gobierno español sobre el envío de cónsules a América del Sur. En octubre Woodbine Parish desembarcó en el puerto de Buenos Aires, en calidad de comisionado y cónsul general, con la responsabilidad de resolver los conflictos que podrían surgir entre el comercio británico y la Provincia del Río de la Plata. El mismo mes, Christopher R. Nugent llegó a Valparaíso, principal puerto de Chile y uno de los tres más importantes del Pacífico Sur, en calidad de cónsul general. También en octubre de 1823, llegó a Nueva Granada, una delegación británica conformada por el coronel J P Hamilton, teniente coronel Patrick Campbell y James Henderson, con el propósito de aclarar la situación existente y además, neutralizar la influencia y posible injerencia francesa y presencia norteamericana.

En los inicios de 1823, el presidente norteamericano James Monroe había decidido enviar representantes diplomáticos a los nuevos Estados de México, Colombia[1], La Plata y Chile. Al Perú se consideró la designación de un encargado de negocios. El 27 de enero, los Estados Unidos reconocieron oficialmente a Chile, con la designación de Heman Allen como ministro plenipotenciario ante este gobierno. En el mismo día, se designó también a Caesar A. Rodney, como ministro plenipotenciario ante el Gobierno de Buenos Aires; la designación del encargado de negocios en Perú tuvo que esperar la confirmación hasta 1826. (Robertson, 1918, pág. 261)

1 En 1822 Colombia había sido reconocida por Portugal y EE. UU. A finales de ese año, había arribado a Bogotá el coronel Carlos Todd, con la misión de informar al gobierno de Colombia, el reconocimiento de los Estados Unidos a su independencia.

El 2 de diciembre de 1823, durante su mensaje al Congreso de la Unión, el entonces presidente estadounidense James Monroe, por influencia de su secretario de Estado John Quincy Adams, advertía a las potencias mundiales que no interfieran en los asuntos del hemisferio Occidental y en ese sentido no tolerarían más colonizaciones ni tampoco la instauración de gobiernos "títeres". Así también, los EE.UU. no interferirían en los asuntos europeos. A partir de entonces, la doctrina Monroe[2] pasaría a ser la representación clásica de la tendencia hegemónica de los EE.UU. sobre el espacio americano y si bien a finales del siglo XIX, no poseía la capacidad militar para hacerla cumplir; en cambio a partir del siglo XX fue invocada preferentemente, junto con su ampliación por parte del denominado "Corolario Roosevelt". "La mayor extensión de la doctrina se dio con el Corolario de Theodore Roosevelt, que invirtió el significado original de la doctrina y pasó a justificar la intervención unilateral de Estados Unidos en América Latina." (*Foreign Service Institute*, 2016)

Mientras tanto, en el norte continental, a finales de marzo de 1823 el emperador mexicano José de Iturbide presentaba su abdicación y marcaba el fin del Primer Imperio; con esto, daba paso a un período de acentuada conflictividad política en el extenso territorio de aproximadamente cuatro millones y medio de Km^2. Como consecuencia de esta crisis, el 1 de julio de 1823, los países de la subregión centroamericana se separaban de México y conformaban las Provincias Unidas del Centro de América. En el acta del Congreso Constituyente se establecía entre otras consideraciones las siguientes:

"Los representantes de las Provincias Unidas del Centro de América, congregadas en virtud de la convocatoria [...] declaramos solemnemente: 1. Que las expresadas provincias, representadas en esta Asamblea, son libres e independientes de la antigua España, de México y de cualquiera otra potencia así del antiguo como del Nuevo Mundo; y que no son ni deben ser el patrimonio de persona ni familia alguna..." (OEA, 2023, pág. 9).

Este proceso culminaría el año siguiente, cuando el 22 de noviembre de 1824 la Asamblea Constituyente promulgaba la Constitución de lo que se denominaría Federación de Centro América, como Estado federal que estaba integrado por: Costa Rica, Nicaragua, Honduras, El Salvador y Guatemala, con la previsión de que Chiapas podría pasar a ser parte de esta.

Uno de los aspectos más importantes y a su vez dramáticos, constituyó también el desenlace de las luchas por la libertad en España peninsular, con el dramático final del Trienio Liberal y la vuelta a escena del peor rey que tuvo esta potencia: Fernando VII, ejemplo de traición y absolutismo que no solo colaboró con las fuerzas francesas para ahogar los intentos liberales, sino también desacreditó definitivamente el legado histórico de su pueblo. Esto incidió ciertamente en el resultado final de la larga guerra de independencia hispanoamericana.

2 Después de 1823, la doctrina Monroe fue invocada varias veces por los EE. UU. En 1865 cuando apoyó el gobierno del presidente mexicano Benito Juárez contra la intervención francesa; en 1904 cuando acreedores europeos amenazaron intervenir militarmente en de varios países latinoamericanos para cobrar las deudas. A partir de 1904 fue ampliada por el presidente Franklin D. Roosevelt mediante el «Corolario Roosevelt».

España y el retorno absolutista

El año 1823 cerraba en España e Hispanoamérica una etapa promisoria y avanzada en la que se intentó afirmar a las ideas liberales. La nación española, cansada de las últimas guerras y conflictos internos, no respaldó a quienes luchaban por sus derechos y veía en la segunda restauración monárquica alguna posibilidad de que mejore su difícil situación; fue así como el Trienio Liberal llegaba a su fin, ahogado por la conspiración absolutista y huérfano de apoyo popular. La llegada nuevamente al poder de Fernando VII frustró uno de los mayores acontecimientos libertarios españoles y extendió la crisis interna.

Años antes, el pronunciamiento militar de enero de 1820, liderado por el teniente coronel Rafael del Riego[3], en las Cabezas de San Juan, en Sevilla, había obligado al absolutista rey español Fernando VII, a jurar la Constitución de 1812[4], iniciando un período de aproximadamente tres años de régimen constitucional. Este movimiento revolucionario constituyó un segundo intento por establecer una monarquía constitucional y por tanto obligar al monarca a garantizar las libertades ciudadanas, mediante su juramento de respetar la Constitución y en alguna manera, fue uno de los mayores aportes de España al mundo de esa época.

"Fue cuando Patria y Nación significaron revolución. No solo por su desafío a la opresión…en cualquiera de sus formas, sino porque cuestionaban, de raíz, un mundo de privilegios estamentales y no de derechos. El Trienio fue un «susto», más que un «disgusto». Otra vez unos plebeyos volvían a proclamar que la Soberanía residía esencialmente en la Nación." (Chust, 2020, pág. XIII)

Como lo manifiesta Ivana Frasquet (2022:9), el Trienio Liberal desató un torbellino libertario que se propagó por el mundo euroamericano, enfrentando a los espectros liberal y reaccionario, polarizando a la sociedad y afectando no solo a los territorios bajo el dominio español, sino que también trascendió a otros países europeos. Su impacto fue definitivo en la estructura político social, económico e institucional del Estado. Además, sus efectos se hicieron sentir decisivamente en los territorios americanos y la constitución de Cádiz de 1812 fue nuevamente el centro del debate político.

A inicios de 1823, Europa entraba en una etapa retardataria, en que las grandes potencias trataban de contener y eliminar cualquier iniciativa revolucionaria y las potencias continentales europeas se pronunciaban amenazantes para destruir el Gobierno constitucional español, al cual consideraban como un peligro y mal ejemplo para el continente[5]. La Santa Alianza conformada por Rusia, Prusia y Austria advertían sobre el no reconocimiento al gobierno español, mientras que Gran Bretaña se mostraba molesta por la vigencia de una constitución casi republicana y Francia, más beligerante y amenazada por las ideas libertarias, se preparaba para la guerra.

3 Del Riego, como nos refiere José Ruiz-Doménec (Ruiz-Domènec, 2017), fue promovido al grado de mariscal de campo y no tuvo la experiencia y el carácter para dominar las riendas del poder. En el período liberal se agudizó las confrontaciones entre moderados y radicales; la prensa se puso en posición contraria a los líderes liberales y Evaristo San Miguel pasó a ser la figura gris que detentó el débil poder político de ese período.

4 Fernando VII juró la Constitución el 10 de marzo de 1820, afirmando: "Marchemos francamente y yo el primero, por la senda constitucional"; sin embargo, desde ese momento se comunicaba con los monarcas europeos, conspirando veladamente para obtener el apoyo militar de las potencias absolutistas.

5 En los últimos meses de 1822 se celebró el Congreso de Verona que reunió a las potencias europeas y en el cual Rusia, Prusia, Austria y Francia se comprometieron a cambiar el régimen liberal español, considerando que el rey Fernando VII estaba cautivo. Inglaterra, en esa oportunidad, se declaró neutral.

Ilustración 2. Rafael del Riego, líder del Trienio Liberal, ejecutado en Madrid en 1823
Fuentes: alchetron.com y lh4.ggpht.com

El 28 de enero de 1823 Luis XVIII, rey de Francia, informó al Parlamento su decisión de enviar a cerca de cien mil soldados franceses, los llamados «Cien Mil Hijos de San Luis», bajo el mando del duque de Angulema, para poner fin al proyecto liberal español y devolver el poder absoluto a Fernando VII. El 5 de abril de 1823 las tropas francesas, algo más de noventa y cinco mil, cruzaron la frontera y avanzaron rápidamente hacia Madrid, ocupándola el 23 de mayo; la división interna del pueblo español y la conspiración monárquica facilitaron la rápida progresión de la ocupación gala. En octubre, la suerte se decidía en favor de los invasores que tuvieron el apoyo de simpatizantes de la monarquía y la guerrilla antiliberal. Rafael del Riego fue humillado y ejecutado en la plaza de la Cebada, en Madrid el 7 de noviembre de 1823[6] y Fernando VII con el apoyo de las tropas francesas que permanecieron hasta 1828, cumplía otro período de pronunciado absolutismo.

"Fernando VII, vendiendo literalmente al país, pudo reinar de nuevo como monarca absoluto a partir de 1823 […] lejos de poner orden en un país que se hundía en el caos, se dedicó fundamentalmente a reprimir a sus enemigos ideológicos, pero también a sus propios partidarios […]" (Esparza, 2016, pág. 570)

El fin del Trienio Liberal representó en los territorios de ultramar, un fallido intento por extender los derechos que la Constitución de Cádiz había presentado a la nación española de los dos hemisferios, en 1812. Esta situación aumentó la inestabilidad política y militar en los territorios americanos, ya que estos cambios nunca fueron apreciados por los potentados criollos que vieron disminuir sus privilegios y en este sentido, para los territorios de América española, fracasaron las intenciones peninsulares para, mediante las iniciativas liberales, lograr contener el influjo independentista.

6 Rafael del Riego fue ahorcado el 7 de noviembre de 1823 en la Plaza de la Cebada de Madrid y su cuerpo fue descuartizado y esparcido por los campos. A la muerte de Fernando VII, la reina regente, María Cristina de Borbón rehabilitó el nombre de los héroes liberales, entre ellos Del Riego, en octubre de 1835.

Por ello, Ivana Frasquet, notable historiadora hispanoamericana resume convenientemente esta situación, al afirmar que: "Las consecuencias que se pagaron por intentar constitucionalizar a un rey absoluto como Fernando VII fueron tremendamente altas. No sólo se perdió América, sino que arrastró en su caída al régimen liberal entero" (2020:199).

"España emprendió su propia «guerra de independencia» de 1808 a 1814, y luego su propia «revolución» de 1820 a 1823. Como resultado a los ojos de los españoles que tomaban las decisiones políticas, las largas guerras de la independencia eran «insurrecciones» o «rebeliones» de menores consecuencias directas que los acontecimientos que entonces vivía su país. [...] Fundamentalmente, España nunca llegó a concebir una política coherente que pudiera enfrentarse al reto de la independencia de América." (Anna, 1986, pág. 10)

La situación económica de España peninsular comenzó a ser seriamente afectada por la guerra de la independencia de los pueblos hispanoamericanos, a tal punto que le llevó a lo que Timothy Anna (1986:337) describe como "penuria fiscal", ya que entre 1797 y 1821, el oro importado al puerto de Cádiz se situó en aproximadamente 183 millones de pesos y sólo en 1809 las riquezas que recibió este puerto, como resultado del comercio americano fue de casi 43 millones de pesos. En 1821 estos ingresos terminaron, se agotaron[7].

Suramérica 1823. Un puente hacia el objetivo final

El encuentro de Guayaquil

Con posterioridad al 26 de julio de 1822, fecha histórica en que tuvo lugar el mayor encuentro de líderes que haya presenciado la región suramericana en el siglo XIX y posiblemente en la época contemporánea, la entrevista de Guayaquil[8], la situación estratégica cambió radicalmente en la región. El trágico desenlace del encuentro entre el Libertador Simón Bolívar y el Protector José de San Martín, significó la salida de escena de San Martín y la certeza de que el destino de los pueblos del centro y norte suramericano estaba bajo responsabilidad del Libertador y fue así como se fueron sucediendo los hechos que establecerían el desenlace de la guerra por la independencia de España.

Alfonso Borrero resumió los prolegómenos de esta histórica y reservada reunión que congregó a los dos líderes de la independencia suramericana, en los siguientes términos:

> "San Martín arribo a la ría de Guayaquil [...] encontrándose con la desagradable noticia de que Bolívar le había ganado la partida, obteniendo la incorporación de [...] Guayaquil a la república de Colombia la Grande. [...] Tal noticia desconcertó, como era natural al Protector, y no lo dejó bien predispuesto para la conferencia [...]" (1924:247)

7 En1824 Fernando VII decretó la prohibición de comercio con las antiguas posesiones, con lo que completó el desastre de los puertos españoles.

8 Según nos refiere Aurelio Espinoza Polit (Espinoza Polit, 1954, pág. 107), Bolívar junto con tres mil soldados realizó su ingreso en Guayaquil el 11 de julio de 1822, enarboló al día siguiente la bandera de Colombia y procedió también a destituir a la Junta Superior de Guayaquil. Su presidente, José Joaquín de Olmedo renunció públicamente.

De allí que la reunión[9] habría sido muy tensa y cargada de incomprensiones y posiblemente disputas por el poder. Por ello, cuánta razón tenía el historiador ecuatoriano, Pedro Fermín Cevallos, cuando afirmaba que "los grandes hombres se comprenden a largas distancias" (1870:4).

Los dos personajes culminantes de la independencia suramericana tenían aspiraciones, objetivos y una personalidad diferente, por lo cual era muy difícil que lleguen a ponerse de acuerdo, en especial en la configuración política de las nuevas naciones, una vez lograda la independencia. Como nos presenta John Lynch:

> "Escribir una vida de Bolívar no es difícil. De hecho, si se le da la oportunidad, él la escribirá por usted. El historiador tiene que defenderse de Bolívar y proteger su propia versión de la independencia contra el torrente de palabras con el que el libertador busca explicarse y convencer. San Martín es diferente. No poseía el estilo y la desenvoltura del general venezolano, su sentido de la decencia le hacía reticente a hablar de su vida privada y mantuvo una reserva natural acerca de su papel en las guerras independentistas. San Martín constituye un desafío para el historiador, que tiene que descubrir al hombre detrás del silencio [...] Fue una figura enigmática, austera, estoica y profundamente comprometida con la independencia americana. Guardaba sus emociones para sí mismo [...]. La disciplina era la clave de su conducta, dentro y fuera del campo de batalla." (2009:10)

Lo cierto es que, poco tiempo después de la reunión, el Protector salió reservadamente de la escena libertaria, mientras que el Libertador, visible triunfador del encuentro, orientó todos sus esfuerzos hacia el cierre de la guerra de la independencia, con la campaña sobre el centro político, administrativo y militar de España en América del Sur, el virreinato del Perú. Para esto, el centro de gravedad operativo paró a ser el territorio del distrito del Sur, en el cual se concentraron los medios bélicos, abastecimientos y tropas para decidir la campaña y la guerra.

> "Simón Bolívar tenía clara la responsabilidad que asumía al concentrar las responsabilidades y por supuesto, las expectativas de los pueblos del occidente suramericano para sellar la independencia. La salida de escena de San Martín, exigían que evidencie su poder y capacidad de decisión y para ello debía enfrentarse a muchos problemas internos, en especial al protagonismo que iban adquiriendo los nuevos caudillos locales, cada cual con aspiraciones más allá de sus capacidades." (Cruz, 2022, pág. 401)

Los teatros de Guerra

A partir de 1823[10], según sostiene José Maita (2022:41), en la guerra de Independencia Suramericana se ubicaron dos teatros de guerra: el Teatro de

9 Además de José de San Martín y Simón Bolívar, la historia nos refiere que estuvieron presentes en esta reunión de aproximadamente 50 horas, únicamente el secretario General, general José Gabriel Pérez y el secretario Particular, teniente coronel Tomás Cipriano Mosquera.

10 En 1823 las fuerzas de tierra de la Gran Colombia sumaban aproximadamente 25.000 hombres, de las cuales la caballería constituía el arma decisiva. La escuadra estaba conformada por 1 fragata, 5 corbetas, 7 bergantines y 6 goletas de guerra (Maita, 2022, págs. 120-123).

Guerra del "Perú – Pacífico" y el Teatro "Atlántico – Caribeño". En el primer teatro se producía la actuación de las fuerzas de Colombia, Chile y la del Río de la Plata, teniendo como objetivo principal el apoyo a la campaña del Perú, en la que con la caída de Chiloé y la rendición del puerto y plaza fuerte del Callao en 1826 se concluyeron las operaciones. Mientras que, en el segundo teatro de guerra, las actividades de la escuadra española provocaron una extensión de la situación de conflicto en esta región. En adelante, para efectos de esta publicación, al primer teatro se lo denominará Teatro de Guerra Perú-Pacífico Sur.

El Teatro de Guerra Atlántico–Caribeño

En el Caribe grancolombiano, en 1823 la situación era difícil, en especial por el sinnúmero de rebeliones armadas promovidas por las fuerzas peninsulares que se encontraban todavía presentes en el territorio y en especial, en las ciudades fortificadas de Maracaibo y Puerto Cabello. En gran medida, la actitud decidida y violenta del general José Antonio Páez, mantenía algo controlados los connatos de insurrección en los llanos venezolanos y en el nororiente de Nueva Granada.

El general español Francisco Tomás Morales había asumido el mando de las tropas peninsulares del norte suramericano y desde junio de 1822 tomó el puerto de Maracaibo, convirtiéndole en una importante base de operaciones realistas. Sus fuerzas contaban con aproximadamente tres mil soldados veteranos y bien equipados, lo que le asignaba una superioridad de enfrentamiento con relación a las fuerzas patriotas del ejército de Riohacha, en las que más de la mitad eran reclutas y que estaban disminuidas por deserciones y enfermedades; estas tropas se encontraban bajo el mando del general Manuel Manrique.

En el ámbito marítimo la situación se complicó cuando el 1 y 2 de mayo, en un combate naval, se perdió a dos de los mejores navíos de guerra colombianos: las corbetas "Carabobo" de veinte y cuatro cañones y la "María Francisca" de veinte y dos cañones. La victoria obtenida por el capitán de navío español Ángel Laborde, obligó a que sea levantado el sitio que las fuerzas libertarias imponían a Puerto Cabello.

En la tarde del 24 de julio de 1823, se produce un evento bélico que define la situación militar en el norte suramericano. El almirante neogranadino José Padilla, forzó la entrada al lago Maracaibo y derrotó a la escuadra española que se encontraba bajo el mando del capitán de navío Ángel Laborde. La victoria fue completa; once buques españoles fueron capturados, setenta y ocho oficiales y trescientos sesenta y nueve de la tropa realista fueron tomados prisioneros. Luego de una difícil negociación, las fuerzas españolas del general Morales acordaron la capitulación finalmente el 4 de agosto, la cual fue cumplida recién el día 14, ante la inminente llegada de refuerzos patriotas del coronel José Francisco Bermúdez.

Después de la capitulación de Maracaibo, únicamente Puerto Cabello permanecía en suelo venezolano, como plaza fuerte bajo dominio español. Por ello, cuando el general José Antonio Páez se enteró que desde la Habana se estaba preparando una escuadra naval para reforzar este puerto, realizó los preparativos para dar el golpe definitivo. Así, en la noche del 7 de noviembre

Ilustración 3 Teatros de Guerra en Suramérica 1823
Fuente: adaptado sobre la base del mapa de Sudamérica 1800 -1830 de (Lynch, 2009) y (Maita, 2022).

se inicia la infiltración de tropas colombianas y el combate por la ciudad fortificada se decidió en la madrugada del día siguiente. Las fuerzas españolas comandadas valerosamente por el brigadier Sebastián de la Calzada aceptaron la capitulación el 10 de noviembre y ésta se completó el día 15 de noviembre.

> "Entre los sitiadores que presentan armas, desfilan los vencidos: los oficiales con sus espadas; los soldados con fusil, mochila, correaje, sesenta cartuchos y dos piedras de chispa. Habían obtenido, literalmente, todos los honores. El 15, entre salvas, se arría el pabellón español. Así, entre gestos corteses, acabó la feroz guerra por la emancipación de Venezuela. La guarnición, cuyo núcleo estaba formado por lo que quedaba del II de Burgos, parte para Cuba." (Albi de la Cuesta, 2019, pág. 390)

Con las victorias y conquistas de los dos últimos bastiones españoles del norte suramericano, en Maracaibo y Puerto Cabello, cambia el escenario en el Teatro de Guerra Atlántico–Caribeño. “Al concluir 1823 no quedaba en las provincias de Venezuela un solo puesto por el rey de España, ni buque que en sus aguas arbolase su bandera en el pico.” (Madueño, 2012, pág. 78)

En la costa atlántica, el proceso de independencia brasileño fue muy diferente con relación a las demás naciones suramericanas que estuvieron bajo dominio español. Después de la proclamación del imperio en 1822, el año siguiente constituyó un período de consolidación del nuevo Estado, el mismo que afrontó situaciones complejas, como producto de la incorporación a la autoridad del imperio de Brasil, de los territorios del norte, así como de la posición antagónica entre los portugueses nacidos en Portugal, que apoyaban a la Corte portuguesa de Lisboa y los originarios de las tierras brasileñas.

Las tropas portuguesas durante 1823 continuaban realizando actividades de hostigamiento e intentos de desembarco en varios puntos del noreste brasileño. A finales de año, agrupadas en la División Expedicionaria, se encontraban atrapadas en el puerto de Montevideo y fueron expulsadas, dirigiéndose al continente europeo. (Barroso, 2019, pág. 31)

Así también, a finales de mayo el Libertador tomaba conocimiento de la oferta de la corona portuguesa al gobierno de Buenos Aires para la constitución de una alianza o liga defensiva[11] entre Portugal, España, los Estados Unidos, Grecia y los gobiernos del Sur de América, para hacer frente a la Santa Alianza y sus deseos expansionistas. Esto era bien visto por el Libertador y encajaba en sus proyectos. (O´Leary, 1883, págs. 57, 61)

El Teatro de Guerra Perú- Pacífico Sur

En el Perú de 1823, la situación era compleja y como nos refiere Natalia Sobrevilla (2021:18), en el Perú regían dos gobiernos: una República con sede en Lima y que dominaba la parte norte y el Virreinato que por iniciativa del virrey La Serna tenía su capital en el Cuzco y toda vez que regía la Constitución de Cádiz de 1812 y los principios del Trienio Liberal español, se regía por esa norma constitucional.

“El Perú pasó a ser el epicentro del gran conflicto; allí convergieron las fuerzas del norte y del sur de la región suramericana, empeñadas en la resolución de una guerra que significó miles de pérdidas humanas y destrucción material, dejando para el futuro del país, una estela de revanchismos, disputas y odios.” (Cruz, 2022, pág. 397)

Desde los primeros días del año, los resultados de las operaciones militares eran favorables para el Ejército Real del Perú, mucho más disciplinado y entrenado que las fuerzas patriotas. La primera Campaña de Intermedios terminaba de manera desfavorable para las fuerzas patriotas, las cuales fueron ampliamente superadas por la mayor capacidad profesional y organización del Ejército Real del Perú, bajo el mando de los generales Gerónimo Valdés y José de Canterac. Las batallas de Torata y Moquegua del 19 y 21 de enero, respectivamente, significaron una contundente victoria realista, elevándose la confianza de sus tropas y en

11 Este intento de integración no llegó a constituirse, debido a la coyuntura crítica que se presentaba en el continente europeo de aquel entonces, así como por la situación de la guerra de independencia suramericana.

especial de sus mandos. Los restos del Ejército Libertador del Sur, bajo el discreto mando del general Rudecindo Alvarado, fueron embarcados desordenadamente en el puerto de Ilo.

La situación política peruana era también complicada, concentrada en las disputas por el poder central y la excesiva ambición política de sus líderes, lo que generaba un ambiente de peligrosa polarización de su sociedad. Las derrotas de Torata y Moquegua incidieron en la moral de las tropas y ahondaron las disputas internas, a tal punto que la primera Junta Gubernativa del Perú presidida por el general José de Lamar y conformada además por general Felipe Antonio Alvarado y por Manuel Salazar y Baquijano fue cesada en febrero, por un pronunciamiento militar conocido como el «motín de Balconcillo», el mismo que tenía como líder visible al general Andrés de Santa Cruz. El Congreso que evidenciaba una posición de debilidad pronunciada designó el 28 de febrero al coronel José de la Riva–Agüero como primer presidente del Perú y el 4 de marzo era designado como "Gran Mariscal de los Ejércitos de la República", a pesar de que nunca había participado en combates ni batallas. Santa Cruz mientras tanto, fue nombrado comandante en jefe.

Las fuerzas patriotas se veían obligadas a actuar en varios frentes, toda vez que la situación inestable de Venezuela, con tropas realistas cada vez más activas y, además, la inestabilidad en Pasto provocaba la distracción de fuerzas y medios bélicos. Sin embargo, para Bolívar la situación del Perú era la más crítica, toda vez que, como bien refiere Restrepo (1858:301), si las fuerzas realistas tomaban Lima y el Callao, era probable que la mayor parte de la población apoye a la monarquía y desde el puerto y base del Callao podrían afectar a Colombia, convirtiendo al distrito del Sur en el teatro de guerra principal. Además, en esos días, arribó a Guayaquil el ministro plenipotenciario peruano, general Mariano Portocarrero con la misión de informarle al Libertador, personalmente, sobre la crítica situación del Perú y lograr que asuma personalmente el mando de la guerra libertaria.[12]

Los aprestos para la campaña del Perú fueron rápidos y demandaron de los pueblos del Sur grancolombiano notables sacrificios para soportar el esfuerzo de guerra. Las poblaciones y haciendas en el camino hacia el sur eran continuamente afectadas por el reclutamiento de soldados y disposiciones para la entrega de recursos e impuestos, empobreciendo aún más a los pueblos de paso.

"Así fue como los departamentos de Ecuador, Azuay y Guayaquil, hicieron en aquellas circunstancias grandes y dolorosos sacrificios, […] El más rico por su comercio y producciones agrícolas, el de Guayaquil, proporcionó al Libertador un empréstito de cien mil pesos para hacer frente a los gastos; los otros dos contribuyeron con igual suma, fuera de los víveres y vestuarios que dieran. Estos sacrificios que aseguraron para siempre su independencia no deben olvidarse." (Restrepo, 1858, pág. 302)

Inmediatamente, el día 18 de marzo se iniciaría el envío de importantes fuerzas patriotas hacia el Perú y fue así como la División Auxiliar Colombiana,

12 En el convenio firmado el 18 de marzo de 1823 entre el general peruano Mariano Portocarrero y el general grancolombiano Juan Paz del Castillo, Colombia se comprometía a enviar seis mil soldados y las fuerzas disponibles. El Perú se hacía cargo, entre otros aspectos, a afrontar los costos de transporte de ida y regreso, los sueldos de las tropas, así como el equipo, municiones, reemplazos. Además, el Perú se comprometía a respetar el principio del *Uti Possidetis* de 1809.

zarpó del puerto de Guayaquil rumbo al Callao; posteriormente se embarcaría, el 12 de abril el batallón Rifles de Bombona con lo que ya sumarían cuatro mil doscientos cincuenta soldados sobre lo cual, en disposiciones transmitidas por el general José Gabriel Pérez, Secretario del Libertador, se indicaba la obligación de mantener una férrea disciplina, en especial con los integrantes del batallón Rifles, famoso por su composición multinacional y por tener malas costumbres. (O´Leary, 1883, pág. 8)

Las noticias que llegaban desde el Perú, sobre el desarrollo de las operaciones, eran preocupantes y el general J. Gabriel Pérez, secretario del Libertador, informaba el 13 de abril al secretario de Guerra de Colombia, en el sentido de que, pese al triunfo de inicios de año en la batalla de Moquegua, las fuerzas patriotas en suelo peruano, de las cuales la mitad eran colombianas, no pasaban de doce mil hombres, y de estos un alto porcentaje eran reclutas. Por ello era peligrosa la situación peruana y sus posibles efectos que tendría en los territorios del norte. Esto obligó a disponer de las tropas veteranas de los departamentos del sur, quedando únicamente los batallones Yaguachi y Vargas disminuidos, ya que sus cuadros de veteranos también fueron incorporados a la campaña del Perú.

Ante estas deplorables condiciones, el Libertador decidió enviar al general Antonio José de Sucre al Perú, para ponerse de acuerdo en las operaciones que la División Colombia ejecutaría y, además, "va a reclamar las provincias de Jaén, de Bracamoros y de Mainas[13], y a pedir la ratificación del tratado celebrado con el gobierno de Perú y Colombia, el 6 de julio del año pasado" (O´Leary, 1883, pág. 11). El 14 de abril Sucre partía hacia el Perú para hacerse cargo de las tropas colombianas en ese país y además, como ministro diplomático de Colombia.

Sucre trabajó de manera ardua, desde su llegada a Perú, tratando de dar un orden y disciplina indispensable al caos que allí imperaba. Así, el 24 de mayo, daba cuenta al Libertador del estado deplorable en el que se hallan equipadas los oficiales y tropas de la División Colombiana; además, tanto el Congreso peruano como el general Sucre pedían la presencia inmediata de Bolívar, para que, con poderes extraordinarios se haga cargo de la campaña.

En las fuerzas del Ejército Real del Perú, bajo la autoridad del virrey José de la Serna, las fuerzas militares estaban divididas en dos bandos: los que eran favorables a la Constitución de Cádiz y por tanto a la monarquía constitucional, en la cual se incluía el propio virrey y quienes eran fieles seguidores de la línea absolutista de Fernando VII y que se agrupaban en torno al general Pedro Antonio de Olañeta[14], jefe militar del Alto Perú, quien desconoció la autoridad del virrey La Serna, por lo que este tuvo que luchar en dos frentes: contra los patriotas y contra Olañeta.[15]

13 Estas provincias se habían agregado provisionalmente al Perú cuando José de San Martín liberó Lima en 1821.

14 Olañeta sostenía que "[…] tanto el virrey de La Serna, como los generales Canterac y Valdés habían sido nombrados durante el Gobierno constitucional de España, y que, en virtud del Real Decreto del 1 de octubre de 1823, se declaraba nulo todo lo actuado en tiempo de aquel Gobierno; consideraba, por tanto, que los nombrados han dejado de serlo, y que entonces él está en su derecho de no reconocer en su territorio otra autoridad que la que él detentaba" (Albi de la Cuesta, 2019, pág. 402)

15 La guerra interna entre los españoles alcanzó su máxima expresión en diciembre de 1824 cuando se desarrollaba la batalla de Ayacucho y "el general Olañeta, que debía acudir en su ayuda, se rebeló contra La Serna y se autoproclamó virrey del Alto Perú" (Rosas Lauro, 2021, pág. 212).

Para el virrey De la Serna "tras las victorias de Ica y Primera y Segunda Campaña de Intermedios, en 1822 y 1823 su posición y la de su gobierno se vieron reforzadas". Sin embargo, "la caída del régimen liberal en España y la utilización aviesa de la situación por parte del general Olañeta, rompieron la unidad en el frente realista y abrieron una oportunidad que Bolívar supo aprovechar." (De Haro, 2021, pág. 218)

Entre mayo y octubre de 1823, el gobierno de Riva-Agüero y su general en jefe, Andrés de Santa Cruz, planificaron y desarrollaron la segunda campaña de Intermedios, para lo cual se preparó una fuerza expedicionaria de algo más de cinco mil hombres que partieron, a partir del día 14 de mayo desde el Callao hacia el sur. Mientras tanto la División colombiana y apoyos de Chile y Buenos Aires, protegían Lima y el puerto de Callao. Esta segunda expedición a Intermedios también se convirtió en una dura derrota de las fuerzas peruanas, a manos del general Gerónimo Valdés y Sierra, uno de los comandantes más competentes que tenía el Ejército Real del Perú. En ese contexto, Lima quedaba expuesta a ser atacada por fuerzas realistas muy superiores a las de Sucre y el ambiente era el siguiente:

> "Una ciudad que no ignoraba la amenazadora presencia de las victoriosas columnas realistas cómodamente acantonadas trasponiendo los Andes centrales. Una ciudad atiborrada con oficiales y tropas provenientes de Chile, Argentina, Colombia y aún europeos, muchos de estos a la deriva y con sus batallones desarticulados. La proliferación de desertores y tránsfugas, el consiguiente ambiente de desbande y de sospecha." (Montoya & Paredes, 2018, pág. 169)

A mediados de junio, las noticias de la campaña de Perú eran cada vez más alarmantes y el gobierno peruano informaba que se veía obligado a la evacuación de su capital Lima, toda vez que, las fuerzas monárquicas habías desplegado nueve batallones y mil doscientos soldados de caballería, lo que triplicaba la capacidad de las fuerzas patriotas. En la ciudad la situación era caótica y el general Sucre advertía al ministro de Guerra del Perú lo siguiente:

> "La situación en esta plaza es la confusión más completa que yo he visto jamás […] Se me ha dicho y los ciudadanos creen que esta plaza está confiada a mi cuidado como jefe del ejército; pero al mismo tiempo todos mandan y estamos en medio de un caos que un ejército audaz puede aprovechar con ventajas." (O´Leary, 1883, pág. 125)

Con sus fuerzas motivadas por los recientes éxitos en combate, el general José de Canterac, al mando de aproximadamente siete mil hombres ocupaba temporalmente Lima el 18 de junio[16], mientras que Antonio José de Sucre, como comandante del Ejército Unido, de forma ordenada y calculada se retiraba al Callao, en donde organizaba la defensa.

Como producto del fracaso político y estratégico en la conducción del gobierno y la guerra, el Congreso peruano cesó el 22 de junio al presidente Riva-Agüero y designó en su reemplazo un "Poder Militar".[17] El presidente cesado no acató esta medida y se dirigió al norte, a la ciudad de Trujillo en donde estableció su propio

16 Al no tener un efecto operativo ni táctico de importancia, la ocupación de Lima que realizó el general José de Canterac fue temporal y nuevamente abandonó la ciudad con sus tropas, el 17 de julio, con rumbo a Huancavelica.

17 El Congreso peruano "nombró un Poder Militar, que hizo recaer en Antonio José de Sucre […]; y autorizó interinamente al ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, don Francisco Valdivieso, como encargado del despacho de Gobierno en todos los lugares que no sirven de teatro a la guerra." (Castañeda, 2023, pág. 13).

gobierno apoyado por una fuerza militar de tres mil hombres. Además, comenzó negociaciones con el virrey De la Serna, por lo que se le consideró como un traidor a la causa de la independencia.[18] También se había designado como encargado de gobierno a Francisco Valdivieso y Prada; posteriormente, en agosto se designó a otro presidente, José Bernardo de Tagle, marqués de Torre Tagle. Esta situación anacrónica recién fue superada en el año siguiente, cuando el Libertador asumió todos los poderes[19], como principal autoridad dictatorial del Perú.

Mientras tanto, en el norte del actual territorio ecuatoriano la victoria de la batalla de Pichincha, si bien tuvo un efecto regional inmediato, había dejado todavía aspectos importantes por consolidar y las fuerzas libertarias se vieron enfrentadas a la oposición de la región de Pasto, cuyos habitantes no aceptaban la separación de España y manifestaban, de manera resuelta y violenta, su aversión hacia Bogotá y Quito.

A finales de 1822, como nos refiere el insigne historiador José Manuel Restrepo (1858:273), había tenido lugar en la región de Pasto un importante levantamiento liderado por el teniente coronel español Benito Boves, quien formaba parte de las fuerzas realistas que se rindieron, luego de la capitulación en la batalla de Pichincha de mayo 2022, dándose a la fuga de su confinamiento, para dirigirse al norte y con remanentes realistas conformar un grupo armado conformado predominantemente por pastusos. Boves nombró teniente gobernador a Estanislao Merchancano, derrotó al contingente del gobernador Antonio Obando y proclamó su lealtad incondicional al rey español Fernando VII.

Dada la gravedad que ocasionaba la insurrección de Pasto a la campaña para la resolución de la guerra de la independencia, pues comprometía las líneas de comunicaciones con Bogotá y podrían constituirse en un efecto multiplicador para los desafectos a la causa libertaria, el Libertador que para ese entonces se encontraba en Quito, envió a pacificar Pasto al general Antonio José de Sucre, con el batallón Rifles y los escuadrones Guías, Dragones de la Guardia y Cazadores montados, todos ellos compuestos por tropas veteranas a las que posteriormente, ya en batalla, se sumó el batallón Bogotá bajo el mando del coronel José María Córdova.

Boves se había desplegado en las alturas que bordean el río Guáitara con aproximadamente mil quinientos hombres y en una posición geográficamente ventajosa. La conducción de Sucre los días 23 y 24 de diciembre fue magistral y demostró su capacidad táctica al actuar en un escenario difícil y con la población en su contra. La derrota de las fuerzas pastusas fue completa, habían muerto más de trescientos de sus hombres y los sobrevivientes huyeron hacia las montañas de Sebondoy, en la ruta hacia el Amazonas y hacia Juanambú. Las fuerzas de Sucre tuvieron ocho muertos y treinta y dos heridos. Cuando entraron a Pasto, sólo se encontraron con monjas y algunas mujeres en el convento; los habitantes habían huido hacia las montañas.

La venganza patriota fue inmediata y drástica; fue entonces cuando la ciudad de Pasto fue saqueada por las tropas del general Sucre y en pocos días más, con la llegada de Simón Bolívar en enero de 1823, las imposiciones fueron sin miramientos:

18 El 25 de noviembre de 1823, José de la Riva Agüero es obligado por sus oficiales a abandonar Perú, al conocer que el Libertador se dirigía hacia Trujillo.
19 El 10 de febrero de 1824, Simón Bolívar asumió los poderes dictatoriales del Perú, como "suprema autoridad política y militar".

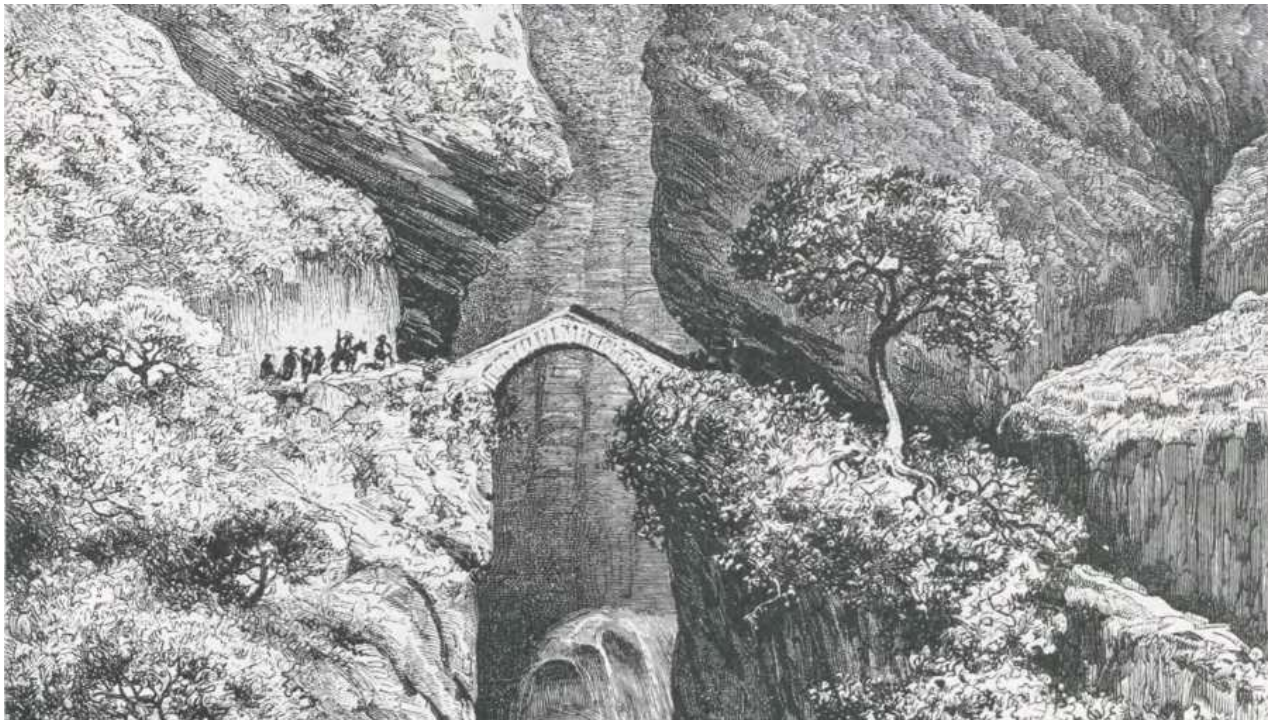

Ilustración 4 La difícil topografía de Pasto en el siglo XIX. Puente sobre el río Mayo
Fuente: Dibujo de Riou (Acevedo.1968).

"Bolívar [...] impuso a los pueblos rebeldes del cantón una contribución forzada de treinta mil pesos para la subsistencia de sus tropas; [...] Hizo que se reclutaran todos los hombres hábiles para las armas y a los más inquietos que sean llevados en calidad de presos. Mandó a confiscar los bienes de todos aquellos que participaron en la rebelión o que no se habían presentado a Sucre en seis días [...] Con tales decretos, casi todas las propiedades de los pastusos eran confiscables y se mandaron a repartir entre los militares de la república, en pago a sus servicios. El castigo de los habitantes de Pasto [...] dejó en sus corazones el resentimiento más profundo y duradero."[20] (Restrepo, 1858, págs. 276, 277)

La situación en la ciudad de Quito era tensa; el 12 de abril de 1823, como nos refiere Óscar Efrén Reyes, se habían reunido los habitantes para presenciar la ejecución de cuatro hombres acusados de conspiración, entre ellos los coroneles Muñoz y Quiñonez; en esas circunstancias, el teniente coronel Ramón Chiriboga, comandante militar de la plaza, había dispuesto que después de la ejecución se realice un reclutamiento forzoso, aprovechando la masiva concurrencia de hombres. El resultado fue desolador: "El deseo de escaparse hizo que corrieran [...] muchachos, mujeres y hombres, [...] resultaron muertas 36 personas de todo sexo y condición, unas a sablazos, otras a culatazos, y otras, por opresión o sofocación." (Reyes, 2017, págs. 29,30)

El 17 de mayo se amotinaron en el bergantín ingles Romeo, doscientos hombres reclutados en las costas de Esmeraldas, Tumaco, Barbacoas y el Chocó, los mismos que se habían embarcado con las tropas que debían reforzar el Callao. Los amotinados obligaron al capitán a dirigirse a la costa de Atacames, con la intención de tomar la ciudad de Esmeraldas y concentrar

20 El general Antonio José de Sucre, cuyas tropas saquearon Pasto a finales de 1822, fue asesinado en las montañas de Berruecos, a 30 kilómetros de Pasto, el 4 de julio de 1830.

a los realistas, insurrectos y desertores para avanzar sobre Quito. El motín fue parcialmente controlado con el apoyo de un ballenero inglés, el "*Spring -Grove*", tomándose ciento seis amotinados como prisioneros.

Sin embargo, setenta amotinados, armados y con pertrechos, lograron desembarcar en Atacames. Ante esto el Libertador dispuso a inicios de junio que el coronel Lucas Carbajal, se embarque en la goleta Guayaquileña con cien hombres armados y equipados hacia Atacames, en donde deberá perseguir y destruir a la facción insurrecta. Además, deberá destruir todas las facciones de la costa del Chocó, Esmeraldas, Tumaco, hasta Panamá. "No volverá a Guayaquil hasta no haber dejado pacíficas estas costas. […] está autorizado para fusilar a todos los rebeldes y a los desertores de los ejércitos de Colombia y de los enemigos." (O´Leary, 1883, págs. 86, 87)

La situación de la región de Pasto seguía complicándose para las fuerzas libertarias y para la propia causa de la independencia; si bien a finales de 1822 se había logrado la rendición de los grupos facciosos, para 1823, el ambiente no solo seguía inestable, sino que se tornaba más complejo, a pesar de las severas medidas adoptadas, las mismas que incluyeron la ejecución de los líderes y de desplazamientos poblacionales.[21] En el poblado de Tunes, a orillas del Guáitara se había concentrado un importante grupo faccioso, ante esto, el general Salom, jefe de los departamentos del sur procedió a reforzar las fuerzas del coronel Juan José Flores, gobernador de Pasto.

El coronel Flores, como manifiesta Restrepo (1858:353), había tomado medidas drásticas para asegurar el apoyo de Pasto a la causa independentista y eliminar las actividades realistas; fue así como, además de reprimir resueltamente las acciones de guerrilla de Joaquín Enríquez, incendió las viviendas y contornos, ejecutando además veinte y tres de ellos. Estas medidas, no solo generaron el rechazo de la población pastusa, sino que determinaron un aumento en el número de insurrectos.

En abril de 1823 Simón Bolívar nombró al general Bartolomé Salom como jefe Civil y Militar[22] de los tres departamentos del Sur de Colombia en substitución del general Antonio José de Sucre, quien había sido llamado a Guayaquil. Sobre la situación de Pasto, el general Salom daba cuenta por escrito al Libertador:

"No es posible dar una idea de la tenacidad y despecho con que obran los pastusos; […] ahora es la masa total de los pueblos la que nos hace la guerra, […] Hemos cogido prisioneros de nueve o diez años. […] Los dos únicos medios adaptables para terminar la guerra de Pasto son o un indulto general y absoluto […] o la destrucción total del país. En el día, estoy por este último exclusivamente"

En el escenario marítimo, en Guayaquil se disponía únicamente de tres buques de guerra y algunas cañoneras destinadas a la defensa del puerto. La corbeta Bomboná fue destinada a la campaña de Intermedios en el Perú; el bergantín Chimborazo se encontraba empleado en el transporte de abastecimientos a la 1 División Colombiana que se encontraba en Perú, y el bergantín goleta Guayaquileña en misión de pacificar las costas de Esmeraldas y el Chocó.

21 Cerca de mil trescientos reclutas fueron sacados a la fuerza de la región de Pasto y enviados a luchar en la campaña por la independencia (Restrepo, 1858, pág. 353).

22 El cargo de jefe Civil y Militar de los departamentos del Sur era uno de los más complejos e importantes en la Colombia de 1823, toda vez que se responsabilizaba por los tres departamentos del Sur con una inmensa extensión territorial terrestre y marítima, persistentes problemas internos y además, estaba a cargo de los esfuerzos en la preparación de la campaña del Perú.

Mientras tanto, escalaba la conflictividad en el norte de Quito. El 12 de junio Agustín Agualongo, al frente de algunas partidas campesinas de aproximadamente ochocientas personas, en su mayoría indígenas pastusos que estaban dotados de armas rudimentarias, pues sólo tenían doscientos fusiles y el resto consistía en machetes, lanzas y palos, se enfrentó a las fuerzas grancolombianas del coronel Juan José Flores, consistentes en seiscientos hombres, la mayoría reclutas, aunque bien armados y equipados. La victoria pastusa fue impensada y contundente; las fuerzas republicanas dejaron ciento cincuenta muertos y trescientos prisioneros, perdieron además casi quinientos fusiles.

Agustín Agualongo, motivado por su reciente victoria sobre las tropas colombianas, entró en Pasto y se proclamó comandante general a nombre de la monarquía española, en tanto que Estanislao Merchancano fue designado como gobernador. Inmediatamente organizó sus fuerzas y avanzó al sur del río Guáitara para tomar el territorio de los Pastos y fue así como acrecentó sus cuadros insurrectos hasta contar con aproximadamente mil doscientos hombres (Restrepo, 1858, pág. 355). En esos días, Agualongo lanzaba su proclama de insurrección de Pasto para liberarse de los colombianos y, además, enviaba comunicaciones a Otavalo para que le proporcionen apoyo y se sumen al inminente desplazamiento de sus tropas hacia el sur.

El 21 de junio el Libertador escribía al general Sucre, quien esperaba la presencia de Bolívar con importantes refuerzos para la campaña del Perú, sobre la difícil situación en el norte de Quito, explicándole que las fuerzas del coronel Juan José Flores fueron derrotadas en Pasto, por un contingente de más de seiscientos facciosos de esa localidad y el peligro era que entre Quito y Pasto solo había disponibles únicamente ciento cincuenta soldados entre infantería y caballería. Las comunicaciones con Bogotá fueron cortadas, con lo que no se sabrá la resolución sobre la autorización del Congreso para que Bolívar marche al Perú. Consideraba que requería por lo menos mil soldados para destruir la facción de Pasto; además tenía pendiente eliminar a los rebeldes en Barbacoas y Esmeraldas, antes de que se produzca algún evento negativo en Perú.

Bolívar tuvo que marchar inmediatamente en dirección a Quito y hasta que se decida el asunto pastuso, resolvió que no se podrá enviar refuerzos urgentes al Perú. Desde su puesto de mando en San José de Chambo, el Libertador, en conocimiento de la crítica situación imperante, el 23 de junio impartía al general Bartolomé Salom, entre otras disposiciones, las siguientes:

"Yo mando a que no se comprometa acción ninguna, ni que se aventure nada absolutamente, hasta nueva disposición mía, para evitar la desgracia [...] sin perder un momento vaya a ponerse a la cabeza de las tropas destinadas contra Pasto [...] que todas las tropas se reúnan en una sola masa mandadas por usted mismo. [...] Que tome usted posiciones muy ventajosas, de modo que no pueda ser sorprendido jamás ni mucho menos batido. [...] Que usted pueda retirarse hasta Ibarra, hasta esperar los nuevos refuerzos que están en marcha [...] Que es usted responsable de cualquier desgracia que suceda a nuestras tropas. [...] Yo estoy en marcha para Quito y desde allí daré las nuevas órdenes." (O´Leary, 1883, pág. 146)

Ya en Quito, el 28 de junio, el Libertador dirige un resuelto y dramático mensaje al pueblo quiteño en el que afirma su resolución de solucionar definitivamente el problema pastuso de una vez por todas: "¡Quiteños! el infame Pasto ha vuelto a levantar su odiosa cabeza de sedición, pero esta cabeza quedará cortada para siempre [...] Esta vez será la última de la vida de Pasto: desaparecerá del catálogo de los pueblos si sus viles moradores no rinden sus armas a Colombia antes de disparar un tiro." (O´Leary, 1883, págs. 159,160)

Otro problema que se presentaba de manera recurrente a Simón Bolívar era la calamitosa situación de las finanzas públicas en los departamentos del Sur, agobiados por los años de guerra libertaria y en especial por la campaña del Perú La débil economía de guerra seguía complicando a los gobiernos y los pueblos debían continuar aportando en reclutas, dinero, especies o ganado. Por ejemplo, a inicios de julio y en los días previos a la batalla de Ibarra, del cuartel general del Libertador se disponía al Jefe Político de Ibarra lo siguiente:

> "S.E. El Libertador Presidente, en atención a las grandes urgencias del Estado para mantener el ejército que obra contra Pasto, ha tenido a bien mandar exigir cuatro mil pesos de donativo a este vecindario, [...] esta cantidad deberá distribuirse entre las personas pudientes o los desafectos conocidos, a quienes se les señalará el duplo o el triple con respecto a los que no lo son [...] Los cuatro mil pesos deben estar dentro de tres días en caja, contándose este término desde la hora en que se reciba este oficio. Los que se resistan a pagar esta contribución, sea con algún pretexto se pondrán irremisiblemente presos y se tomarán y venderán sus bienes hasta cubrir su asignación." (O´Leary, 1883, pág. 182)

El 17 y 18 de julio el ejército libertador bajo el mando de Simón Bolívar derrotó a las fuerzas de Agualongo en la batalla de Ibarra y realizó una decidida persecución de los remanentes rebeldes. Se estima que, en el orden de ochocientos integrantes de las fuerzas pastusas murieron en los combates en torno a Ibarra. Sin embargo, todavía no se lograría pacificar la región de Pasto y recién en 1824, con el fusilamiento de Agustín Agualongo, se disiparon, de alguna manera, los temores de una masiva rebelión pastusa. La victoria de las fuerzas del Libertador significó la consolidación de los resultados de la Batalla de Pichincha y se alivió a Quito de la inminencia de un ataque realista y seguro saqueo; además, se abrió nuevamente las comunicaciones con Bogotá y esto permitió concentrarse en la decisión de la campaña libertaria en el Perú.

Simón Bolívar, luego del triunfo de Ibarra retornó presurosamente a Quito el 31 de julio y convocó a una reunión de notables, encaminada a la estructuración de dos comisiones; la primera estaba orientada a ubicar en la ciudad las personas simpatizantes de la monarquía española, con el propósito de expulsarlos de territorios grancolombianos. La segunda comisión tenía como tarea obtener una nueva contribución de veinte y cinco mil pesos mensuales de los habitantes, para ser usada en la conformación y mantenimiento de una fuerza de dos mil hombres, con la misión de defender sus territorios. Luego de esto, el Libertador partió a Guayaquil, en donde comenzó los preparativos para dirigirse al Perú, toda vez que el Congreso colombiano le concedió la licencia correspondiente.

El 7 de agosto de 1823, por pedido del Congreso peruano, Simón Bolívar salía del puerto de Guayaquil, rumbo al Callao, en el bergantín de guerra Chimborazo para dirigir personalmente la campaña en el Perú. A su llegada, a suelo peruano, el 1 de septiembre, fue recibido por el presidente José Bernardo de Tagle y el 2 de septiembre, el Libertador fue nombrado autoridad suprema del Perú.

"Con la derrota de las fuerzas de Santa Cruz y la retirada de Sucre de Arequipa hacia Lima, un país dividido entre dos centros políticos y militarmente derrotado quedó al mando de Simón Bolívar. […] Frente a los fracasos y el nivel de polarización existente, el apoyo extranjero de las tropas colombianas fue indispensable para la causa independiente y jugó un papel decisivo en las últimas campañas de la guerra […]" (PUCP, 2023)

A manera de conclusión

El año 1823 constituyó un puente entre la batalla de Pichincha de 1822, que desarticuló la presencia realista en el actual territorio ecuatoriano, cambiando el escenario de guerra por la independencia suramericana y la conclusión estratégica de diciembre de 1824, en la batalla de Ayacucho, en que se culminó exitosamente la guerra. Sin embargo, es importante relievar que 1823 fue un período difícil para la guerra libertaria en el Teatro de Guerra "Perú - Pacífico Sur", ya que la situación inestable y adversa tanto en Pasto como en el Perú, puso en riesgo la campaña libertaria.

En el Teatro de Guerra "Atlántico-Caribeño", 1823 fue un período favorable, ya que las victorias logradas en Maracaibo y Puerto Cabello significaron la derrota de las fuerzas realistas en el norte suramericano y permitieron al Libertador, en el siguiente año, mejorar sus capacidades estratégicas y operativas para decidir la guerra.

Este año 1823, fue particularmente difícil para los pueblos del sur grancolombiano: Quito, Azuay y Guayaquil, ya que tuvieron que soportar los pasos de los ejércitos libertarios hacia el Perú. Esto aumentó la pobreza y tuvo también importantes e inmediatos efectos sociales y económicos.

Tiempo después, los logros militares de la guerra por la independencia suramericana daban paso a la constitución de las nuevas repúblicas en un período de recalcitrante caudillismo; fue entonces cuando se postergaron los intentos por lograr una verdadera independencia de las naciones y dejaron abierto un espacio de peligrosa conflictividad futura. El gran Benjamín Carrión, sintetizaba esta situación:

"Los generales de la libertad […] se lanzaron famélicos sobre la presa de la Gran Colombia moribunda. Páez, venezolano, el heroico y feroz llanero, se hizo pago de sus servicios con la presidencia de Venezuela y años de tiranía. Santander, neogranadino, se apropió de la Nueva Granada […] Juan José Flores venezolano también, […] se apropió del Ecuador […] Mariscal José de La Mar se apropió de la mejor parte, el Perú. Y a Sucre, el más grande guerrero de la Independencia, le dejaron el Alto Perú, hoy República de Bolivia […] En la avidez del reparto, todo lo hicieron mal: los límites no fueron bien señalados." (1973:365)

Referencias bibliográficas

Albi de la Cuesta, J. (2019). Banderas olvidadas. El Ejército español en las guerras de Emancipación de América. Madrid: Desperta Ferro Ediciones SLNE.

Acevedo E, (comp.). (1968). Geografía Pintoresca de Colombia: La Nueva Granada vista por dos viajeros franceses del siglo XIX Charles Saffray y Edouard Andre. Bogotá: Litografía Arco. Biblioteca Nacional de Colombia

Anna, T. (1986). España y la Independencia de América. México D.F: Fondo de Cultura Económica.

Barroso, G. (2019). Historia militar de Brasil. Brasilia: Senado Federal.

Blaufarb, R. (2016). *Arms for Revolutions: Military Demobilization after the Napoleonic Wars and Latin American Independence*. (A. K. Forrest, Ed.) *War, Demobilization and Memory: The Legacy of War in the Era of Atlantic Revolutions, 100-118.*

Borrero, A. (1924). Ayacucho. Cuenca: Talleres Municipales.

Carrión, B. (1973). El cuento de la Patria (Breve historia del Ecuador) (Segunda ed.). Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Castañeda, M. (2023). Francisco Valdivieso y Prada. Obtenido de Museo del Congreso y la Inquisición: https://www.congreso.gob.pe/Docs/participacion/museo/congreso/files/files/francisco_valdivieso.pdf

Cevallos, P. (1870). Resumen de la historia del Ecuador. Desde su origen hasta 1845 (Vol. IV). Lima: Imprenta del Estado.

Chust, M. (2020). Réquiem por ¡Vivan las cadenas! En M. Chust, ¡Mueran las cadenas! El Trienio Liberal en América (1820-1824) (págs. XI-XVII). Granada: Editorial Comares, S.L.

Cruz, G. (2022). De Pichincha a Ayacucho: de la decisión operativa a la conclusión estratégica. En Academia Nacional de Historia Militar del Ecuador, Bicentenario de la independencia del Ecuador (págs. 387-416). Quito: ANAHIME.

De Haro, D. (2021). El último virrey en la encrucijada del Trienio Liberal: guerra y liberalismo en el Perú de 1821. En M. Chust, J. Marchena, & M. Schlez, La ilusión de la Libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América (págs. 215-232). Santiago de Chile: Acción Cultural Española. Biblioteca de Historia de América.

Esparza, J. (2016). Almanaque de la historia de España. Tal día como hoy. Madrid: La Esfera de los Libros.

Espinoza Polit, A. (1954). Temas ecuatorianos (Vol. VI). Quito: Editorial Clásica.

Foreign Service Institute. (2016). *Office of the Historian, Foreign Service Institute, United States Department of State*. Obtenido de *Monroe Doctrine*, 1823: https://history.state.gov/milestones/1801-1829/monroe

Frasquet, I. (2020). Independencia o Constitución: América en el Trienio Liberal. Historia Constitucional: revista electrónica de Historia Constitucional, 170-199.

Frasquet, I., Rújula, P., & París, Á. (2022). : El Trienio liberal en el umbral del bicentenario. En I. Frasquet, P. Rújula, & Á. (. París, El Trienio Liberal (1820-1823) Balance y perspectivas (págs. 9-16). Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.

Gutiérrez, J. (2011). Los indios de Pasto contra la república (1809-1824). : las rebeliones antirrepublicanas de los indios de Pasto durante la guerra de independencia. (I. C. Historia, Ed.) Anuario de historia regional y de las fronteras, 16, págs. 383-388.

Hobsbawm, E. (2007). La era de la revolución: 1789-1848 (Sexta ed.). Buenos Aires: Grupo Editorial Planeta / Critica.

Lynch, J. (2009). San Martín. Soldado argentino, héroe americano. Buenos Aires: Paidós/Crítica.

Madueño, J. (2012). El combate naval del lago Maracaibo. En I. d. Naval, La Independencia de América Española 1812 -1828 (págs. 71-81). Madrid: Servicio de Publicaciones de la Armada.

Maita, J. (2022). Poder Naval de la República de Colombia 1823-1830 (Vol. I). Bogotá: Fundación Editorial El perro y la rana.

Mitchell, K. (2016). *British diplomacy and the independence of South America*. Obtenido de *History of government*: https://history.blog.gov.uk/2016/04/25/british-diplomacy-and-the-independence-of-south-america/

Montoya, G., & Paredes, J. (2018). ¿Peruanizar la independencia? El golpe de estado de José de la Riva Agüero: 1823. Historia y cultura. Revista del Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, 155-200.

O´Leary, S. (1883). Memorias del general O´Leary (Vol. XX). Caracas: Imprenta El Monitor.

OEA. (2023). OEA, SISE, Sistema de información sobre Comercio Exterior. Obtenido de Documentos de la Unión Centroamericana: http://www.sice.oas.org/sica/Studies/DocUnionCentroamericana.pdf

Osterhammel, J., & Jansen, J. (2019). Colonialismo. Historia, formas, efectos. Madrid: Siglo XXI de España Editores, S.A

PUCP. (2023). Las campañas a puertos intermedios (1822-1823). (Pontificia Universidad Católica del Perú) Obtenido de Líneas del tiempo de la Independencia del Perú: https://investigacion-lineasdetiempo.pucp.edu.pe/

Restrepo, J. (1858). Historia de la Revolución de la República de Colombia en la América Meridional. Tomo Tercero. Besanzon: Imprenta de José Jacquin.

Reyes, Ó. (2017). Historia de la República. Quito: Fundación Óscar Efrén Reyes.

Robertson, W. (1918). The Recognition of the Hispanic American Nations by the United States. *The Hispanic American Historical Review*, 239-269.

Rosas Lauro, C. (2021). La década decisiva. Los años veinte en el proceso de Independencia del Perú. En M. Chust, J. Marchena, & M. Schlez, La ilusión de la Libertad. El liberalismo revolucionario en la década de 1820 en España y América (págs. 195-214). Santiago de Chile: Acción Cultural Española. Biblioteca de Historia de América.

Ruiz-Domènec, J. (2017). España, una nueva historia. Barcelona: RBA Libros.

Sobrevilla, N. (2021). Las campañas a los puertos intermedios y la fase «peruana» de la independencia. Revista de Indias, LXXXI, 115-141.

Villalba, J. (1993). El General Juan José Flores. Fundador de la República del Ecuador. Quito: Centro de Estudios Históricos del Ejército. Biblioteca del Ejército Ecuatoriano.